

Toti Martínez de Lezea



LA VOZ DE
LUG

En el año 25 a. C. las tropas del emperador César Augusto se disponen a someter de manera definitiva a las tribus astures y cántabras, el último reducto que aún queda por conquistar en la Península Ibérica. Los romanos, al mando del legado Publio Carisio, llegan hasta la costa arrasando todo lo que encuentran en su camino. La vida de los cilúrnigos, fabricantes de calderos de bronce, de Noega (Xixón), no volverá a ser la misma a partir de entonces.

Ésta es la historia de Luam, jefe de los cilúrnigos, y de su mujer, Lenore, prisionera y amante del jefe romano; de Corocotta, el gran jefe cántabro; de Dacio, el mercader gaditano; de Homero, el esclavo griego..., sus vidas y las de los demás personajes sufrirán los avatares de la fortuna tratando de sobrevivir en un mundo hostil.

Es también la historia de unas gentes valerosas, duras como las rocas de sus montañas y bravas como el mar que azota sus costas, que lucharon hasta el final para mantener su libertad, sus costumbres y sus creencias en contra de un invasor cuyas fuerzas eran muy superiores a las suyas.

A Edurne y Tarek

*Con agradecimiento a Javier Melón de Xixón
quien, con su gran amor por su hermosa tierra de
Asturias, me animó a escribir esta historia, y a Txe-
ma Hernández, paciente y erudito lector del origi-
nal, que tanto me ha ayudado.*

Breve comentario para poder seguir mejor el relato

La ASTURIA mencionada por los escritores romanos, ya que no se sabe cómo se llamaban a sí mismos sus propios pobladores, era la región bañada por el río ASTURA —el Esla actual—. Los romanos llamaron ASTURES AUGUSTANOS a los habitantes de las actuales provincias de León y de Zamora, ASTURES TRAMONTANOS a los de la zona al norte de la Cordillera Cantábrica, entre los ríos Navia y Sella, y CÁNTABROS a las tribus que ocupaban la región que iba desde la orilla este del Sella hasta los montes Pirineos y, más concretamente, a los pueblos que se hallaban entre el Sella y el Pisuerga.

Los astures estaban divididos en tribus y éstas en clanes. Así, cuando se habla de los CILÚRNIGOS —fabricantes de calderos de bronce— se hace referencia a los habitantes de NOEGA —Xixón— que, a su vez, pertenecían a la tribu de los LUGGONES.

25 a. C.

 **L**a voz de los cuernos retumbó por los valles, voló por encima de los montes, atravesó los desfiladeros, vadeó los ríos y llegó a todos los confines de la tierra de los astures. Su mensaje era claro para todo aquel que conociera su significado: el enemigo se había puesto de nuevo en marcha.

Los vigías subieron a las cimas de las montañas, escalaron las paredes rocosas de las cumbres y otearon en la dirección señalada. Pasaron muchas jornadas en las que el sol apareció por el este y volvió a ocultarse por el oeste, en las que la espera vigilante sustituyó al sueño; se abandonó el laboreo de las tierras; los rebaños fueron dirigidos hacia las zonas más altas y los habitantes aislados se agruparon en los poblados para sentirse más protegidos dentro de las murallas de piedra situadas sobre los acantilados o en lugares difícilmente accesibles para quienes desconocieran el terreno. La espera fue tensa. Se limpiaron las armas y se fabricaron nuevas a toda velocidad, reparando más en la solidez de las hojas y empuñaduras de hierro que en su belleza; se dispusieron trampas iguales a las usadas para la caza del oso, profundos agujeros en los cuales se clavaron estacas afiladas, recubriéndolos con ramas para ocultarlos de las miradas no expertas; se limpiaron las plataformas instaladas en los árboles y se llevó a ellas gran número de lanzas

y dardos. Hombres y mujeres en edad de combatir dejaron de lado sus labores habituales y se ejercitaron durante horas con el objetivo de recuperar la destreza algo olvidada durante los últimos tiempos en los que la tierra que pisaban no había sido testigo de enfrentamientos bélicos.

Cada cual conocía su cometido, no hacía falta que nadie dirigiese la actividad febril que se adueñó de los astures durante la larga espera. Los herreros se turnaron día y noche para fabricar miles de puntas de lanzas y venablos, escudos y espadas; se recogieron bellotas de las encinas y avellanas para elaborar tortas con la harina obtenida; se sacrificaron animales y atraparon pescados para salar y secar al aire con el objetivo de no carecer de alimento si la guerra duraba más de lo previsto; se llenaron grandes tinajas de barro con agua de los manantiales y se enterraron a medio cuerpo en el suelo terroso para mantener su pureza durante más tiempo; se apilaron troncos para hacer leña y se guardaron en las cavidades de los montes y las profundidades de los bosques los objetos sagrados y los adornos de oro, plata y bronce que todos sabían sería lo primero que los atacantes buscarían.

Cuando al anochecer volvían a reunirse en torno a las hogueras, olvidaban durante unas horas la razón de su actividad. Se escuchaba el sonido de pitos y de panderos, los Hombres Sabios relataban la historia de los dioses, los cantores recordaban epopeyas de tiempos antiguos, hombres, mujeres y niños bailaban hasta caer rendidos mientras las parejas desaparecían en la acogedora oscuridad de los alrededores.

← **L**uam, jefe de los cilúrnigos de Noega, tribu luggona asentada a orillas del mar, sabía que aquél no sería un combate como otros. No sería uno más de los que escalonaban la historia de su pueblo y que desde antes de nacer él ya se hallaban grabados en el tronco del enorme tejo que extendía sus ramas protectoras sobre el poblado. Las marcas señalaban claramente las victorias y las derrotas, más las primeras que las segundas, se dijo con orgullo. Pero siempre habían sido luchas entre iguales y no era eso lo anunciado por los cuernos y los numerosos refugiados de las tribus astures del sur que habían podido escapar buscando amparo en las montañas altas.

La voz que traía el aire hablaba de miles de hombres, tantos que era imposible contarlos, llegados desde los confines de la Tierra, pertrechados con invencibles armas y armaduras, potentes caballerías y gigantes máquinas de guerra. Soldados que ya habían vencido a béticos, lusitanos, vacceos, galaicos y arévacos, todos ellos valientes guerreros de tribus indómitas que habían sucumbido ante la fuerza de los conquistadores. Soldados que también estaban dispuestos a someter hasta el último de los hijos de Asturia.

El padre de su padre ya hablaba de ellos y también lo habían hecho otros antes que él. Los invasores habían llegado por mar y tierra imponiendo su dominio. Los viajeros se referían a ellos con admiración, decían que eran invencibles; que procedían de un lugar regado por las aguas del mar y el fuego de las montañas, que sus guerreros habían conquistado el mundo entero, que eran capaces de cambiar el rumbo de los ríos, que sus vías empedradas atravesaban los montes más altos y los valles más alejados, que sus máquinas de guerra eran artefactos poderosos capaces de destruir las murallas más sólidas.

Los pueblos de las costas occidentales, los galaicos, se habían enfrentado a ellos y habían perdido gran parte de sus tierras. Las tribus a ambos lados de los montes nevados que se extendían por el este, allí donde acababa el mar, luchaban con mayor o menor fortuna. Sus propias tribus hermanas del sur iban cayendo una a una. Los ancianos de Noega aseguraban que nunca llegarían hasta ellos, que los dioses los protegerían como ya antes lo habían hecho en incontables ocasiones, que las aguas cubrirían las cumbres de las montañas antes de ver las armas romanas, pero él no estaba muy de acuerdo con sus palabras.

Contemplaba desde el otero situado frente al poblado la actividad de sus habitantes moviéndose de un lado para otro como en un hormiguero en plena tarea. La vida no era fácil en aquellas latitudes, las tierras de labranza eran escasas y también su producción: lino, mijo, escanda, cebada, habas, verduras y poco más, cultivos que dependían de los caprichos de la madre Naturaleza. También dedicaban tiempo a la recolección de nueces, avellanas y, especialmente, bellotas de la encina dejándolas secar y machacándolas para hacer harina y con ésta, pan. Pero no podían quejarse, se dijo convencido. En sus bosques abundaba la caza y la pesca en sus ríos. Desvió la mirada para contemplar el mar inmenso que se extendía delante de sus ojos. Les surtía de mariscos y peces, pero era un oficio peligroso porque uno nunca podía estar seguro sumergiéndose entre las rocas o balanceándose dentro de los botes de piel a merced de las aguas profundas.

Su mirada se dirigió nuevamente al poblado. Confiaba en su gente, no lo defraudarían, de eso estaba seguro, pero temía su reacción en cuanto avistasen las temibles tropas enemigas anunciadas por los cuernos y que poco se parecían a los vecinos con quienes se enfrentaban de vez en cuando.

—Los presagios no son buenos.

Luam tuvo un sobresalto al escuchar la voz grave de Madeg, el Hombre Sabio, a sus espaldas. Apretó los dientes y se giró.

—¿Qué dicen?

El Hombre Sabio contempló el cielo durante un rato antes de responder. El viento arreciaba sin tregua; las nubes transcurrían veloces en todas las direcciones, chocando entre ellas y recomenzando su viaje; las gaviotas del acantilado chillaban nerviosas llenando el aire con sus gritos y girando por encima de las cabezas de los dos hombres como si hubiesen perdido el rumbo. No había paz en el cielo como tampoco la había en la tierra.

—Los presagios no son buenos —repitió—. El aire trae olor a sangre, el caudal de los ríos ha descendido y la última luna estaba teñida de rojo. La diosa no está contenta.

—¿En qué la hemos ofendido?

—¿Quién sabe? El humor de los dioses es frágil. Es como el clima de estas tierras, tan pronto luce el sol como cae la lluvia...

—Haremos sacrificios para contentarla.

—Puede que de algo valga —dijo Madeg con aire dubitativo—. Aunque mucho me temo que los tiempos están cambiando y que veremos mayores cambios en un futuro no muy lejano.

—Los cuernos...

—Anuncian la catástrofe —le interrumpió el anciano—. Llevo oyéndolos desde el primer día en que su voz rompió la quietud de nuestros valles y montes. Han pasado muchos inviernos desde entonces y nuestras tribus hermanas van cayendo una a una.

—¿Crees que es verdad? ¿Crees que esta vez son miles?

—Si lo dicen, así será.

—¿Y qué podemos hacer? —insistió el jefe, esperando una respuesta que iluminase sus oscuros pensamientos.

—Lo que siempre hemos hecho —respondió el Hombre Sabio en el mismo tono dubitativo—, lo que ya antes hicieron nuestros padres y también los suyos. Luchar.

Permanecieron un rato en silencio. Luam contempló las elevaciones de la Sierra de los Vientos y su pensamiento se detuvo en las altas cumbres que, más allá, como un enorme muro de defensa, separaban sus tierras de las hordas conquistadoras.

—Primero deberán cruzar las montañas...

—Escuchas mal la voz de los cuernos —replicó Madeg—. Las atravesarán, como ya han atravesado montañas aún más altas, y arrasarán todo lo que hallen en su camino. No quedará ninguna tribu. Nuestras gentes serán aniquiladas o, lo que es peor, perderán su libertad.

El guerrero miró al hombre sagrado con el alma sobrecogida por la firmeza en el tono de su voz.

—Así pues, es el fin.

—¿Qué es el fin?

—Todos moriremos.

—La muerte no existe, Luam —respondió Madeg con una sonrisa benévola—. Pronto has olvidado lo que te enseñé cuando no levantabas una vara del suelo y te elegí como futuro jefe de nuestro pueblo. Los cuerpos se transforman, cambian, pero no mueren.

—Morirá nuestra forma de vida —insistió el jefe.

—Se transformará —insistió el Hombre Sabio a su vez—. Los seres no desaparecen, únicamente se transforman. Si debemos desaparecer bajo nuestra apariencia actual, tomaremos otra y continuaremos viviendo. Hablaremos otras lenguas, mezclaremos nuestra sangre con otras e incluso, tal vez, adoremos a otros dioses, pero seguiremos vivos. Mientras uno solo de nosotros permanezca, también permanecerá la herencia de nuestros antepasados.

—Entonces..., ¿por qué luchar?

—Porque así nos será permitida la entrada a Letavia, la morada divina. Ningún cobarde, ningún traidor a su pueblo

podrá encontrarla jamás y vagará sin destino para siempre por esta tierra. Defenderemos nuestra libertad porque es nuestro don más precioso y posiblemente la perderemos, pero aun así honraremos a nuestros dioses y habremos hecho todo lo posible por preservar la memoria de los que nos precedieron y su legado.

Permanecieron de nuevo en silencio, cada uno de ellos inmerso en sus propias cavilaciones. El jefe, joven y musculoso, vestido con una sencilla túnica corta de lana, luciendo al cuello la torques de oro en cuyos extremos dos cabezas de serpiente con las fauces abiertas parecían dispuestas a tragarse la una a la otra. Y el Hombre Sabio, anciano y frágil, de largos cabellos y barba blancos, cuya única señal de su dignidad era la túnica de lino sin costuras que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los pies y el báculo hecho con madera de avellano y repleto de extraños signos heredado de sus antecesores.

Luam no acababa de ver muy claro aquello de la transformación. No entendía cómo podrían seguir libres si luchaban y morían en el intento, aunque nunca se atrevería a decirlo en voz alta por temor a ser escuchado por los dioses del bosque y las diosas del agua y condenado a vagar sin destino, tal y como Madeg acababa de decir. Para él lo más importante era el momento actual, la amenaza que llegaba, la seguridad de su pueblo. ¿Cómo hacer frente a un ataque de los invasores cuyas formas de lucha desconocían? Tal vez era el momento de dejar viejos rencores, hablar con los jefes de las tribus vecinas y llegar a un acuerdo con ellos para enfrentarse al enemigo común. Porque, de eso estaba seguro, el enemigo anunciado por los cuernos no iría únicamente contra los luggones del Norte, sino que también atacaría a las tribus hermanas de los péxicos, amacos, lancios, tíburos y bedunienses, al igual que ya había atacado y derrotado a los luggones del sur, gigurros, superatos, omiacos y brigecios. Era hora pues de convocar una asamblea. Se detuvo un momento pensando en el jefe de los orgeno-

mescos, sus vecinos por el este, al otro lado del río Salia, que ya en varias ocasiones había faltado a su palabra y enablado acuerdos con tribus enemigas en contra de los hijos de Asturia. Ciertamente que los orgenomescos no eran luggones, sin embargo, se dijo respondiendo a su propio razonamiento, el peligro era demasiado grande como para dejar de lado a una de las tribus más numerosas y belicosas del norte, igualmente amenazada por los invasores. Pediría a Corocotta que acudiese a la asamblea, pero no lo perdería de vista y, a la menor vacilación, no dudaría en apartarlo o incluso matarlo si fuera necesario.

El Hombre Sabio, por su parte, también meditó sobre los fatales augurios que una y otra vez mostraban un futuro negro como una noche sin luna. Había insistido, repetido sus preces, ofrecido sacrificios a Lug, el poderoso, y a la diosa Deva, madre y protectora de su tribu. La respuesta había helado su sangre y embotado su espíritu. La diosa no respondía a sus oraciones y cuando lo hacía, el humo negro del ara de los sacrificios o las oscurecidas entrañas del salmón pescado en el río de su mismo nombre no dejaban dudas en cuanto al mañana que esperaba a su pueblo. Se había retirado al santuario oculto en medio de un profundo bosque, a poca distancia de Noega, lugar sagrado cuyo acceso estaba únicamente reservado a la casta de los Hombres Sabios, pero ni el ayuno ni la meditación habían logrado obtener una respuesta positiva. Había callado, no deseando atribular a su gente, no queriendo añadir mayor zozobra a la que ya atenazaba el espíritu de los cilúrnigos dispuestos a la lucha, pero era demasiado viejo para no saber que nada bueno traía el viento. Pensó que, tal vez, Deva estaba disgustada porque su pueblo había dejado de ofrecer sacrificios humanos en el altar de los dioses, pero rechazó tal posibilidad. Eran muchas ya las lunas en las que la piedra sagrada no se había cubierto de sangre humana y nunca hasta ahora habían sido los augurios tan negativos.

Recordó los gritos del último sacrificado en el poblado, un prisionero albión, cuando él era muy joven, poco antes de haber sido aceptado entre los Hombres Sabios, y la repulsa que le produjo ver a un hombre degollado como un camero aunque fuera un enemigo. A pesar de que los sacrificios humanos tenían lugar en ocasiones excepcionales, él estaba convencido de que igualmente podía leerse el futuro en las entrañas de un animal. Suspiró aliviado al conocer la decisión de la asamblea de los Sabios de acabar con aquellas prácticas cruentas que le evitarían a él llevar a cabo dichas ceremonias y, aunque se escucharon algunas voces discordantes, la victoria de los luggones sobre los pélicos poco después afirmó y demostró la creencia de que los dioses estaban satisfechos. Desde entonces se sustituyó el degüello por una ceremonia en la que el hombre consagrado era golpeado en el diafragma con una espada de guerra. Se predecía el futuro interpretando la forma como hubiera caído, como moviera las piernas o como le brotara la sangre.

Pero ¿y si Deva o Belesama o, muy especialmente, Coso, el dios de la guerra, o cualquiera de los otros dioses no estaban complacidos? Era de sobra conocido el hecho de que en el Mundo Mágico no todo era paz y alegría, también existían disputas que desembocaban en violentas confrontaciones llegando a la tierra de los mortales en forma de grandes tormentas. En dichas ocasiones, los ríos se desbordaban arrastrando todo a su paso, las rocas de las montañas caían como si fueran simples guijarros y muchos árboles eran arrancados de la tierra con todas sus raíces.

Recordó que pronto tendría lugar la fiesta del Beltane, el Gran Fuego, la llegada del buen tiempo, y una débil sonrisa iluminó su rostro arrugado. Se encenderían hogueras de varios tamaños y los cilúrnigos de todas las edades las atravesarían para así quedar libres de la enfermedad. Ordenaría que el poblado se vistiera de fiesta, los cantos y las danzas en honor a Lug —el dios de dioses del cual su tribu,

la más numerosa, era orgullosa descendiente— durasen varios días, fuera sacrificado el macho cabrío más hermoso de todos los rebaños y todos los cilúrnigos, sin faltar uno, elevaran sus preces solicitando su protección y el de su diosa. Tal vez los augurios cambiasen, tal vez Deva escuchase complacida los ruegos de su pueblo, tal vez...

—Regresemos —dijo Luam.

Su voz rompió el silencio del atardecer envuelto en los reflejos dorados y rojos de las últimas luces solares.

—Ve tú —respondió Madeg—. Yo no subiré al poblado hasta la víspera del Gran Fuego. Ordena que todo esté dispuesto para la ceremonia.

—¿Qué harás mientras tanto?

—Buscar una respuesta.

Los dos hombres se separaron sin despedirse. El jefe se dirigió hacia el poblado, mientras el Hombre Sabio descendió por la vereda en dirección al santuario de la diosa Deva.

← **T**al y como lo había decidido, Luam envió emisarios a todos los jefes de las tribus vecinas más importantes y esperó impaciente su respuesta. También envió mensajeros a las tribus del otro lado de las montañas y a los refugiados que por miles habían hallado cobijo en ellas. Los invitaba a reunirse en Noega para participar en las celebraciones por la llegada del buen tiempo. Bajo la protección de Lug, les indicaba en su mensaje, decidirían el camino a seguir y tomarían decisiones en las que estaba en juego su propia supervivencia.

Aunque impaciente a la espera de que su llamada fuera atendida, el jefe de los cilúrnigos, conocidos por su habilidad en la fabricación de calderos de bronce, no dejó que su gente notara su ansiedad y, sin perder de vista los pre-